ra, pues á su honra y veneración dedicó sus obras, dejando ordenado en su testamento que la candela de fundación que usa la Compañía dar á sus fundadores, se le ofreciese á la Virgen Santísima en su altar y capilla, reconociéndola por Madre y Patrona de esta fundación. Desde este tiempo el Colegio y casa de Probación de Tepotzotlán han podido desahogadamente sustentar de treinta á cuarenta sujetos más ó menos, conforme al número de los novicios que reciben. Aquí se ha labrado una hermosa y alegre casa para habitación de los nuestros, y de tanta capacidad y distinción que los novicios viven tan retirados y separados de los que no lo son, que no se estorban los unos á los otros en sus ejercicios; el pueblo tiene su Iglesia parroquial labrada de cantería y bóveda que al principio de su conversión habían edificado estos indios, y aunque ya antigua, pero después que la Compañía se encargó de esta doctrina, la fortificó, con que quedó por uno de los más hermosos templos que hay en la comarca, y adornado de tan ricos y hermosos retablos en el altar mayor y en sus colaterales, que así por esto como por los continuos ministerios que aquí se frecuentan, es visitada esta Iglesia de indios y españoles con grande frecuencia. Pero como para el recogimiento, oración y los otros devotos ejercicios de rosario y pláticas de los novicios, tuviesen necesidad de capilla interior, en que para su mayor devoción tuviesen colocado y visitasen á menudo el Santísimo Sacramento, ésta se fabricó con tanta perfección en lo bien acabado de la obra, que viene á ser una de las más hermosas y vistosas que tenemos en toda la Provincia. Porque el techo es de bóveda con hermosos florones de varias labores, el retablo y sagrario del altar curiosa y ricamente dorado, y toda convida á devoción y reverencia. El principal cuadro del retablo ocupa una perfectísima Imagen de Nuestra Señora, de primoroso pincel y de gran arte, traslado de la que está en Santa María la Mayor de Roma y el Evangelista San Lucas pintó de su propia mano, la cual nuestro Padre San Francisco de Borja, deseoso de avivar la devoción en los católicos, alcanzó con ruegos del Cardenal San Carlos Borromeo que él la pudiese hacer retratar de mano de un gran pintor, y habiéndoselo concedido, aunque con dificultad, hizo sacar algunos retratos en lienzo y tablas de un excelente artífice romano, y de ellos es uno el que como rico y precioso tesoro con singular veneración se guarda en esta capilla, y con tierno afecto es visitada de los novicios que no sólo se regalan y enfervorizan con su presencia, sino que muchos se han hallado favorecidos, librándose de molestas tentaciones de que eran combatidos, en especial acerca de su vocación, acudiendo á esta piadosa Señora por el remedio; por esto los que se han criado en este noviciado han tenido tanta devoción con la suavidad y dulzura de esta sagrada Imagen, que después de haber salido de él y ocupádose en otros Colegios en nuestros ministerios, desean que se les ofrezca ocasión de poder volver á visitar y gozar de la presencia suavísima de esta Señora, sintiendo en gozar de su apacibilísimo semblante un género de celestial consuelo que los conforta. Finalmente, este puesto de Tepotzotlán, lo uno, por tranquilo retiro para el espíritu, y lo otro, por lo agradable para el recreo, ha convidado muchas veces á personas de grande autoridad y de tribunales muy graves á ir á tomar descanso en él, y aun á recogerse á ejercicios santos en esta casa. Fundado ya en lo material este Colegio y viendo en él los indios asentados los santos y apostólicos ministerios, y reconociendo los frutos que se les seguían con la enseñanza y doctrina de los obreros que sin cesar trabajan en esta viña (porque siempre tuvo y tiene la Compañía en el pueblo de Tepotzotlán tres ó cuatro Padres que saben las lenguas otomí y mexicana, y que ejercitan los ministerios de confesar y predicar, así en este partido como en otros muchos comarcanos), se resolvieron á hacer súplica al Rey nuestro señor, para que S. M. les mandase dar por propios curas á los de la Compañía, descargándolos del gasto que con el suyo tenían; é informado el señor Rey Felipe III de su Virrey, que entonces era el Excelentísimo señor Marqués de Guadalcázar, con cédula particular como patrón de todas las Iglesias de las Indias, encargó S. M. al Ilustrísimo Arzobispo de México D. Juan de la Serna, que el beneficio y partido de Tepotzotlán le encomendase á los de la Compañía, mandando juntamente á su Virrey que al Beneficiado clérigo secular que actualmente servía este beneficio, lo acomodase en otro ó en Prebenda vacante que le fuese acomodada y equivalente. Ejecutóse la orden como lo mandó S. M., y el dicho Beneficiado de Tepotzotlán con mucho gusto suyo fué promovido al curato de la Catedral de México, y la Compañía tomó posesión de este partido el año de 1621 con orden y licencia de N. P. General, y para ajustarse más á su Instituto, las obvenciones que caen de pie del altar se aplican á esta Iglesia, y se consumen en su adorno y con los cantores que la sirven. Tiene este partido en su jurisdicción, demás del principal pueblo de Tepotzotlán, otros tres que aunque en sus principios fueron muy numerosos de gente, pero como los demás de la Nueva España han venido á diminución, quedando hoy en todos ellos de seiscientos á setecientos tributarios ó familias, con quienes se han empleado felicísimamente los trabajos de nuestros operarios, como se irá viendo en los capítulos siguientes.

CAPITULO IV.

De los frutos que se han logrado y hasta hoy se gozan en este partido y beneficio de Tepotzotlán, que tiene á su cargo la Compañía de Jesús.

Después de haber trabajado los de la Compañía en limpiar y cultivar esta tierra que producía tantos abrojos y no llevaba más que espinas, fué Nuestro Señor servido que diese una gran cosecha, no sólo de flores, sino de fruto sazonado de buenas obras, como se experimenta y veremos de su proceder y cristiandad en el discurso de este capítulo. Porque entre los indios más compuestos en costumbres cristianas y políticas de toda la comarca de México, aunque poblada de muy grandes lugares de indios y de la mexicana nobleza, merecen con mucha razón contarse los de Tepotzotlán, cuya cristiandad y ejercicios de ella, cuyo aumento en la virtud, reverencia y esmero en el culto divino, devoción y frecuencia de sacramentos, no menos ha sido materia de alabanza que motivo á la imitación y fervor de otros pue-

blos vecinos que participan y gozan de su ejemplo. Tiene el partido de Tepotzotlán en lo material, sus pueblos muy compuestos cuyas Iglesias se han reedificado y adornado con hermosos retablos, después que la Compañía se encargó de su doctrina, en particular la del pueblo principal que es hermosísima, cubierta de bóveda y adornada de pinturas y altares con retablos preciosos y dorados, ornamentos ricos y vasos sagrados. A esto se añade una de las cosas que hacen entre los demás señalado á este pueblo, y no menos lucido en la celebridad de sus fiestas, á que de toda su comarca concurre mucha gente, y es la capilla de cantores, tan diestros en instrumentos y voces, que sin controversia es de indios la mejor que se oye en la Nueva España, deseada y pedida para fiestas graves y principales de la ciudad de México, y de otros partidos y beneficios de su contorno. Y aunque en esto del aseo, culto y curiosidad exterior se les ha lucido el trabajo, pero mucho más en lo espiritual, estampándoseles muy en el corazón la devoción y aprecio á las cosas sagradas y á los ejercicios piadosos en que los han impuesto nuestros Padres, en particular con los Jubileos de cada mes, que tiene concedidos su Santidad para todas las Iglesias que tiene en el Orbe la Compañía, y se celebra aquí con gran solemnidad, frecuencia de comuniones, música y asistencia al Santísimo Sacramento que está ese día descubierto. Las Cofradías y Congregaciones de este santísimo misterio y de las ánimas del purgatorio, están servidas con grande solicitud y cuidado, y las procesiones de penitencia, muy celebradas la Semana Santa.

A estas devociones comunes se añaden otras particulares de caridad cristiana, que se observan y ejercitan dos veces al año con extraordinario gusto de los indios, Gobernadores y principales, y no menor edificación de los religiosos y españoles que á ellas asisten. Porque lo primero, el día de los santos Inocentes, se convidan y convocan todos los indiecitos de los pueblos circunvecinos de 7 años para abajo, y habiéndose juntado y rezado con tonadas devotas á usanza suya la doctrina cristiana, se les hace un convite espléndido, ministrando los platos los novicios y religiosos del Colegio, y los principales del pueblo, en honra de los Inocentes mártires que con el derramamiento de su sangre celebraron la venida del Hijo de Dios al mundo.

El Jueves santo, los indios dan otra comida cumplida á los pobres, y á la tarde celebran solemnemente el lavatorio de los pies, lavándolos á doce indios pobres el Padre Rector del Colegio, sirviendo el agua los Gobernadores, los cuales, acabado este acto tierno y piadoso, reparten á buen número de pobres indios vestido y ropa con que se cubran.

Uno de los frutos de mayor consideración que ha rendido al cielo esta viña en todo su partido, es haberse desarraigado los vicios ordinarios de la embriaguez y deshonestidad que predominaba en esta gente, siendo ya tan grande la enmienda y tan singular el recato con que viven, que según el dicho común y el testimonio de la misma verdad respecto de otros pueblos, por su compostura, por su honestidad y templanza, es gente de mucha edificación la del partido de Tepotzotlán. Esta obra tan propia de la mano de Dios, ha nacido como de origen de la frecuencia de sacramentos, de la estima y profunda reverencia que tienen al sacrosanto y altísimo misterio de la Eucaristía, previniéndose con mucha devoción para recibirle, ayunando no pocos

el día antes con tan estrecha abstinencia, que no comen bocado hasta la noche, en memoria de este singular beneficio. Y así el haberse tan de raíz extinguido los generales vicios de deshonestidad y embriaguez, son propios efectos de este Pan de escogidos y Vino que engendra vírgenes; y las indias de suyo flacas y de frágil condición, armadas fuertemente con este escudo, han resistido en varios casos con tan varonil esfuerzo á las tentaciones y vencido al enemigo en duras batallas, que se pudieran escribir de esta materia muchos y muy señalados ejemplos. Estaba puesta una doncella en el conflicto que Susana, por la honestidad de su rostro y la lascivia de un desaforado mancebo español, que la amenazaba de muerte con un puñal á los pechos si no condescendía con su mal intento; pero ella, sin turbación alguna, con igual entereza en el alma que en el cuerpo, respondió: que ella sería la dichosa en rubricar la pureza virginal con su sangre, y alcanzar siquiera aquel remedo del martirio, según que de su Padre confesor había entendido; y fué tan poderosa esta tan firme resolución de la doncella, que reprimió aquel ímpetu ciego del mancebo, que se apartó y se fué admirado y confuso con tal respuesta.

Aficionóse un hombre á una india, y procuraba por medio de otra rendirla, á la cual le ofrecía un peso de plata por su diligencia, pero ella desechó de sí aquel ministro de Satanás, diciendo: «pues cómo y tan poco como un peso vale mi alma? Nunca Dios tal permita, que por tan pequeño precio ni por cuanto hay en el mundo yo la venda.» Otros muchos casos y heroicos ejemplos de esta materia dejamos, en que pudiéramos largamente hablar de la fortaleza con que muchas indias han resistido á los que pretendieron violar los fueros de su pureza, no pudiendo rendirlas ni con dádivas ni amenazas, exponiéndose por su constancia á perder la vida del cuerpo para asegurar la del alma, saliendo tal vez de estos conflictos y batallas mal heridas y bañadas de sangre, como se vió en una doncella, que escapando de la ocasión, fué á valerse de los Padres toda desmelenada, hinchada la cara de los golpes y bañado todo su cuerpo en sangre de las muchas heridas que por defenderse de un mal hombre ó lobo carnicero de su honestidad, había padecido. Finalmente, el casto esposo de las almas, innumerables veces ha favorecido y librado á estas de semejantes peligros con la maña y ardides que suele inspirar en los mayores aprietos el Espíritu Santo, y de estos casos, veremos algunos en el capítulo siguiente.

CAPITULO V.

Refiérense algunos casos particulares de la virtud de los indios de Tepotzotlán, y cómo la Santísima Virgen los ha favorecido.

No sólo en los ejercicios comunes de verdaderos cristianos se han esmerado los indios de Tepotzotlán, sino que muchos se han adelantado á otros particulares concurriendo Nuestro Señor maravillosamente con ellos alentándolos á la carrera de la virtud, con singulares

favores de su gracia, y dando á entender con señales del cielo manifestadoras de sus misericordias, lo que los ejemplos de sus virtudes le agradaban y los premios que por el concierto de su vida y negación de sus apetitos les tenía preparados. Una fervorosísima india de estado viuda y que por espacio de 15 años después de su viudez, se había conservado en gran pureza de vida, siendo á todos vivo retrato de virtud y un dechado perfecto de penitencia, habiendo oido decir cómo los santos se huían para hacer penitencia de sus culpas á los desiertos, sin cuidado de su vestido y sustento, fiados sólo de la Providencia del Señor que les proveía de lo necesario como á los lirios del campo y á las aves del aire, alentada con tan raro ejemplo y llevada de su fervor, movida con secreta moción del cielo, salió del pueblo y se fué á un cerro apartado donde sin llevar cosa alguna de la tierra para su ordinario sustento, entregada del todo á la contemplación y conversación de Dios, comenzó á ejercitarse en aspereza y rigor, pasando tres días con tan extraña constancia y sufrimiento, que en todos ellos no probó bocado ni tuvo una poca de agua con que refrescarse. Pero el Señor, que no se olvida de sus siervos, la quiso regalar y de su mano dar de comer, y así un día repentinamente le puso ante los ojos muchos y diversos guisados de los más preciosos y delicados que los indios usan, dejándola con esto consoladísima y dando infinitas gracias á Dios, que tan lleno de dulzura se muestra á los que le temen y saben servir, y quedó alentada para perseverar en el divino servicio.

Otra doncella, deseosa de conservar la inestimable y preciosa joya de la virginidad, sabiendo que en Tepotzotlán tenían ayuda y comodidad los que en tan santos propósitos deseaban emplearse, se salió de casa de sus padres, dejó á sus deudos y se vino á vivir á este pueblo, donde hizo compañía con otra virtuosa doncella de su edad y condición, viviendo con singular recato de su honestidad y con mucho aprovechamiento de sus almas, no perdiendo diligencia que les pudiese servir para la guarda del estado virginal que profesaban; vencieron muchas veces al demonio, que viendo sus altos intentos, les puso grandes dificultades y les procuró dar fuertes asaltos y combates, con título honesto del estado matrimonial en que pudieran vivir santamente. Pero ellas, encendiéndose más cada día en ardientes deseos de la perfección, daban de mano á los casamientos que se les ofrecían. Acción rara y muy difícil entre las doncellas nobles de esta nación. Por lo cual, considerando atentamente los peligros y riesgos y las ocasiones de perderse en este golfo tempestuoso del mundo, tan lleno de borrascas y tan expuesto al naufragio, y preciándose sobre todos los bienes de la tierra del que tenían, comenzaron á pedir á Nuestro Señor con lágrimas continuas las llevase para celebrar las bodas con su celestial esposo Cristo. De esta materia trataban con sus Padres confesores y estas eran las pláticas que entre sí tenían, y lo que en sus oraciones y penitencias pedían instantemente al Señor. Oyólas su divina Majestad y en un mismo día adolecieron ambas de accidente mortal, que á la forastera se le ocasionó de haberle tratado los indios principales con muchas veras un casamiento, y para curarlas con más comodidad las apartaron y á la una llevaron á casa de una piadosa mujer española, donde con mucha caridad y deseo de su salud le acudían. Murió al fin la primera al quinto día, dichosa y santamente, y al punto que falleció, como estaban tan juntas en el espíritu aun-

que separadas en el cuerpo, la que estaba en casa de la española, sin haberle prevenido persona alguna del suceso, empezó á hablar con su compañera y á decirle: cómo te vas sin mí, hermana? aguarda, aguárdame que ya voy. Oyendo esto los circunstantes que tiernamente la amaban por su virtud, la preguntaron: con quién hablas? Hablo (respondió) con mi compañera, que en este punto acaba de expirar, dígole que me aguarde, que luego voy en su seguimiento. Y así fué, que el día siguiente murió con grande edificación y admiración de los que supieron el caso, y volaron ambas al cielo á gozar de la corona y aureola, y celebrar los eternos triunfos de su victoria.

A la devoción que algunos indios han tenido á la Reina del cielo y á la imitación de sus virtudes y pureza (que es lo que estima en sus aficionados esta Señora, y el amor y devoción que de ellos quiere), han correspondido singulares favores y visitas con que dulcemente los ha regalado, consolado en sus aflicciones y asistido como amorosa Madre á su muerte.

Enfermó de ligera indisposición una doncella en Tepotzotlán, y queriéndola curar y hacer los remedios que el achaque pedía, dijo que no se cansasen en aplicar medicinas á su dolencia, porque habiéndola visitado su amada Madre (así llamaba á la sacratísima Virgen) le había dicho que le había de llevar consigo en compañía de otras muchas resplandecientes y hermosísimas doncellas que venían con ella. Fué con esta ocasión á visitarla un Padre su confesor, y refiriéndole el caso, juntamente le pidió con extraño fervor le diese los sacramentos, añadiendo con mucha instancia: date priesa, Padre, pues dice mi amada Madre que después de comer me ha de llevar, y esta tarde darás á mi cuerpo sepultura. Dióle el Padre los sacramentos con extraordinario consuelo de su alma, y acabada de recibir la Extremaunción, recostándose en su camilla como transportada, á la misma hora que había dicho se le cumplieron sus deseos y el término de su vida, y dichoso principio de la eterna.

Otra doncella de poco más de 15 años dijo luego que enfermó, que de aquella enfermedad moriría, porque la Virgen Santísima había prometido de sacarla de allí á tres días de las prisiones del cuerpo y llevarla á ver claramente á Dios en su Reino, y así se cumplió, porque agravándose el tercer día el achaque, comenzó á deshora á decir á los circunstantes: Apartaos, tened miramiento, que entra la Virgen Santísima con muchas doncellas más resplandecientes que el sol de medio día; y dicho esto y comenzando á cantar dulcemente la Salve, y acabándola con una ternura y devoción de un ángel, expiró y fué acompañada (como piadosamente se deja creer) de aquel lucidísimo escuadrón de purísimas vírgenes al cielo. Testificó ser verdad lo referido la incorrupción de su cuerpo, que después de un año le hallaron entero y frescas las flores de la guirnalda con que la enterraron, como lo vió mucha gente del pueblo y algunos de nuestra Compañía. No se descuida la Virgen Santísima en acudir al socorro de los que con humilde confianza invocan su patrocinio y como polluelos se acogen al amparo de sus alas en sus trabajos, como todos cada día lo experimentan y se verá en este caso. Pasaba una pobre mujer miserabilísimamente la vida por haber 12 años que se le había ausentado el marido, y no quererla socorrer los parientes en su necesidad, con que el demonio como astuto enemigo le puso asechanzas y hacía cruda guerra á su castidad.

Pero ella, firme como una roca, había determinado de morir antes que faltar á ella, y perderlo todo y perecer de hambre por no perder á Dios ni la vestidura hermosa de la gracia. Estando, pues, rodeada de aflicciones y olas de varios pensamientos, una noche, cuando la soledad y tinieblas afligen más al alma, arrojándose, cansada de llorar todo el día, sobre su camilla y no pudiendo dormir, vencida de dolor y levantando los ojos miró hacia el cielo donde tenía puesta toda su esperanza, y habiendo oido aquella tarde en un ejemplo que la Santísima Virgen era socorro de los afligidos y desconsolados, empezó toda bañada en lágrimas á hablar de esta suerte con Nuestra Señora Reina del cielo: «Virgen y Madre de Dios, Madre de toda misericordia, no me dejes sola y desamparada; bien sé que tienes cuidado de los hombres y que te dignas de llamarlos y tenerlos por hijos, y los regalas y amas más que sus mismos padres, pero si la que me crió viera lo que paso, no dudo sino que se hubiera compadecido de mí; tú, Madre mía, que puedes y vales más que cuantos padres hay, me dejarás estar en tanta tristeza? No socorrerás á una necesitada, desecharás la voz de la que se acoge á tu amparo? Si tú me desamparas, qué esperanza ó consuelo me queda, porque ni la vida humana se puede pasar sin miserias, ni estas sufrirse sin paciencia, ni la paciencia puede alcanzarse sin tu socorro. Demás de que el día pasado nos decía el Padre que no te olvidas de tus hijos y que te habías compadecido de muchos en sus dolores; por tanto, si tú conservas esta costumbre de ampararlos y á mí me desamparas, bien se sigue que no me cuentas en el número de ellos. Ten misericordia de mí, Madre Santísima, ten misericordia.» Prosiguiera adelante en su oración la buena india si las lágrimas no le impidieran la voz. Pero luego miró hacia la puerta, y como por las junturas de ella entrase una luz como cuando sale el sol, se maravilla de que tan presto hubiese amanecido, hasta que oyó una voz de mujer que la llamaba por su nombre, imprimiendo con su sonido tal dulzura en su corazón, que singularmente la regalaba quitándole como de raíz todo el dolor y tristeza de que era combatida, y no pudiendo responder por la abundancia del gozo que había recibido, oyó otra vez que le decían: «ten, hija, buen ánimo, que no te he desamparado, persevera y vence la tristeza presente con la esperanza del gozo venidero. Yo haré que veas y conozcas que no pudo tener jamás tu madre tanta cuenta de ti como yo tengo.» Acabadas de decir estas palabras, se empezó á disminuir el resplandor, y ella con deseo de ver quién era la que con tan dulces palabras la había hablado, salió á toda priesa de su aposento y vió en el aire una luz que deshaciéndose poco á poco, se remató en una como varita y poco después desapareció de todo punto, dejándola tan llena de celestial alegría y tan olvidada de las antiguas tristezas, que ya no cabía en sí de la abundancia del gozo que había recibido y con que quedó remediada, según refirió á su confesor, la cual desatada en lágrimas de ternura y en ardientes y afectuosísimos sentimientos, dió bastante calificación de verdadero á este suceso. De cuya materia pudiéramos tejer una larga historia, si no nos llamaran otras que piden narración muy cumplida.

CAPITULO VI.

Del Seminario de indios de San Martín, que fundó la Compañía en el pueblo de Tepotzotlán.

Entre los muchos y gloriosos ministerios que para gloria de Dios y bien de las almas ejercita en Tepotzotlán el piadoso celo de los hijos de la Compañía y de que ha cogido prósperos frutos, no es el de menos importancia el cuidado de la educación y doctrina de los indiecitos que se crían en un Seminario que tiene fundado con título de San Martín, escuela de virtud de las tiernas plantas de esta nación. Fundó la Compañía Seminario, en los primeros años de su entrada á este pueblo, ayudando á obra tan piadosa y tan provechosa para el bien común, un indio principal, Gobernador vigilante, que lo fué muchos años en Tepotzotlán, celoso del aprovechamiento de su nación, modesto y ejemplar en su proceder y de todos respetado por su virtud, el cual dió de su hacienda algunas tierras, para que no faltando el sustento, se perpetuase tan útil obra, añadiendo que en tiempo de la gentilidad, sus mayores tenían en los principales pueblos, escuelas y casas comunes dedicadas para enseñar á los niños, y que desde los tiernos años aprendiesen las ceremonias gentílicas, y los ritos y supersticiones de sus idolatrías y vana adoración, y que así, era muy justo que fuesen más industriosos para su bien, que habían sido sus antepasados para su mal.

Empezóse la obra de este Seminario el año de 1584, y se dispuso una habitación competente, que después se fué adelantando y hoy se halla muy perfecta con mucha capacidad y distinción de oficinas, capilla y dormitorio curiosamente trazados, donde viven un Padre y un Hermano que lo gobiernan. En él se crían de cuarenta á cincuenta colegiales, muchos de ellos hijos de Caciques y de principales que quedaron de otomites y mexicanos antiguos, que aun de muchas leguas los suelen traer sus padres para que se críen en toda virtud y se enseñen á leer y escribir, canto y todo género de instrumentos músicos que pueden servir en fiestas eclesiásticas; en lo cual han salido tan diestros estos mozos, que las Iglesias Catedrales los han llamado, ofreciéndoles muy buenos partidos y salarios, para que sirvan en sus coros y capillas, en particular para tocar todo género de música, sacabuche, bajo, corneta y los demás; y otros muchos pueblos y Beneficiados han codiciado para Maestros de sus capillas á los cantores de Tepotzotlán; y no pocos de los que se han criado en este Seminario, han sido después Gobernadores de otros pueblos, y han mostrado algunos de estos mozos, en particular hijos de principales, tan buenas habilidades, que habiéndoseles leido la Gramática, pasaron á la ciudad de México y se perfeccionaron en la retórica y entraron á oir curso de Artes y alguno la sagrada Teología y cánones, haciendo aventajados progresos en ambas facultades, y con tan grande aprovechamiento en ellas, que se graduó en su célebre Universidad de México, hallándose á este acto y á otro de este género, muchos de lo más granado, y de la nobleza de la ciudad que, por serlo tanto, no se dedignó de honrar á los naturales, aunque indios.

A uno de estos graduados, viéndole tan hábil y de buenas costumbres, quiso el señor Arzobispo de México, D. Francisco Manso, ordenarlo de Sacerdote (cosa muy rara en las Indias), y hoy tiene á cargo un beneficio curado en el Arzobispado, y á su primera Misa lo honró, siendo padrino el señor Arzobispo de Santo Domingo, Primado de las Indias, D. Diego de Guevara, siendo chantre y Gobernador del Arzobispado de México. A otro ordenó también de Sacerdote el señor Arzobispo D. Juan de Mañozca: verdad es que estas han sido dispensaciones raras concedidas á los indios naturales, á los cuales los señores Obispos se han abstenido de ordenar por ser todavía neófitos, y lo ordinario, no de la capacidad que pide el alto grado Sacerdotal. Por otra parte, habiendo tanta y tan noble clerecía y religiosos españoles aventajados en letras, Maestros antiguos en la fe católica, no ha habido ni hay necesidad para enseñarla, de valerse de los que es cosa conocida, ser tan inferiores en calidad como ésta de los indios, y más para ministerios tan altos como los del sagrado sacerdocio. Y las razones de dispensación, en los que tengo escritos, fueron porque en ellos concurrieron muy particulares circunstancias. Eran hijos de muy grandes Caciques; criáronse en mucha doctrina y en Seminario donde esa se practica; eran mozos de muy aventajadas habilidades, y sobre todo, porque siendo su lengua natural otomí tan dificultosa (como queda escrito), recibirían con mucho gusto los suyos la doctrina que recibieron y cada día oyen de los Sacerdotes españoles, y holgarían, ya que no siempre, alguna vez oirla y recibirla de los suyos. Y estas fueron las razones de dicha dispensación, de que nos dieron motivo para hablar los frutos del Seminario de San Martín, los cuales han sido muy señalados, y porque lo que habemos dicho, ha sido en materia de la capacidad y letras de algunos de los que en él se han criado, diremos ahora uno ú otro ejemplo en materia de virtud muy singular que en ellos ha resplandecido.

En el año de 1595 se criaba en este Seminario un niño de 12 ó 13 años, hijo del Gobernador de Chiapas y nieto del Rey que había sido de aquella Provincia. Tenía tanta composición y modestia, que le llamaban comunmente el indio santo, y de propósito se buscaba ocasión para poderle reprender y castigar para ejemplo de los demás, y nunca se pudo hallar ni se advirtió en él travesura como en los de su edad, antes mostraba en la gravedad y serenidad del rostro la nobleza de su linaje. Finalmente, era muy devoto y tan vergonzoso, que hablando con algunos de los nuestros se le ponía el rostro como una ascua sin atreverse á levantar los ojos del suelo; cayó enfermo, y en ocho días que duró su enfermedad se confesó cinco veces, y preguntándole si deseaba morir respondía que sí, por no ofender más á Dios en esta vida. Apretóle la enfermedad, y antes de expirar, pidió el rosario, el de su uso, y dijo tres veces, Jesús, para ganar las indulgencias de una cuenta bendita que tenía, y tomando un crucifijo en las manos, se despidió de él con muy tiernas palabras, y así dió el alma á su Criador como un ángel. Afirmó una persona á quien por su verdad y sencillez se debía dar crédito, que aquella misma noche que el niño murió (que fué á la una) le vió entrar á su cámara vestido de brocado y muy hermoso, y ella preguntó con admiración qué traje era aquel y á qué venía, y cómo había sanado tan presto, á lo cual él respondió: «verdad es que estuve enfermo, pero ya estoy bueno y sano y

me voy al cielo, á mis padres hé lástima y á los demás que acá quedan,» y con esto desapareció y se fué al cielo. Viendo también algunos españoles de la comarca que viven entre indios la virtud con que en este Seminario se crían los indiecitos, han enviado sus hijos á que aquí sean enseñados con ellos. Estando, pues, un españolito de estos en este mismo Colegio, casi de la misma edad que el pasado y (lo que en esa edad es más raro), tan penitente que se solía levantar á la media noche, y cuando sus compañeros dormían, á hacer disciplina; cayendo enfermo, dijo un día antes que muriese á uno de los nuestros, que había visto una persona vestida de blanco, que le había dicho moriría á las tres de la noche siguiente, y sucedió así puntualmente, y se juzgó que el santo ángel de su guarda le hiciese este favor, porque según era su mucha simplicidad y devoción, bien se puede creer recibió en vida este regalo, y en la muerte los gozos del cielo. Y dejamos por brevedad otros casos y ejemplos que pudiéramos traer, en confirmación del mucho servicio que se hace á la divina Majestad y hoy persevera de la crianza en devoción y virtud de esta juventud, en el Seminario de San Martín y en el partido de Tepotzotlán, que está á cargo de la Compañía.

CAPITULO VII.

Del apostólico ministerio de las misiones en que los Padres Lenguas de Tepotzotlán se han ejercitado por varios beneficios y pueblos de indios.

Habiendo hecho relación de los ministerios y frutos de los domésticos que se han cogido en este puesto y partido de Tepotzotlán, debo también escribir y manifestar, para gloria de Dios Nuestro Señor, los otros maravillosos efectos que con la gracia divina han resultado en otras partes por haber hecho asiento la Compañía en este puesto. Porque no solamente en Tepotzotlán y su partido han hecho mucho fruto, y tenido buen logro de sus ministerios los operarios de este Colegio, sino en otros pueblos y beneficios distantes adonde han llevado la luz de la doctrina evangélica, con las continuas Misiones que á ellos han hecho, con tanto aprovechamiento de las almas y satisfacción de sus curas, como en este capítulo se verá.

Estaban á los principios algunas poblaciones de los indios tan derramadas en sus Provincias y ellos tan apartados entre sí del trato y comunicación política de hombres, que más parecían salvajes de los campos que cristianos en las costumbres, ni aun hombres dotados de entendimiento y discurso, tan olvidados de Dios y de su eterna salud que ni de recibir los sacramentos cuidaban, ni les era posible á los curas administrárselos por la mucha distancia que desde la cabeza del partido había á sus pueblecillos y rancherías. Viendo tan lastimosa pérdida de las almas los Padres de este Reino, tan deseosos y atentos de su bien como vigilantes en el celo, entre otros medios que para atajar tan grave daño, les parecieron convenientes, uno fué que para